

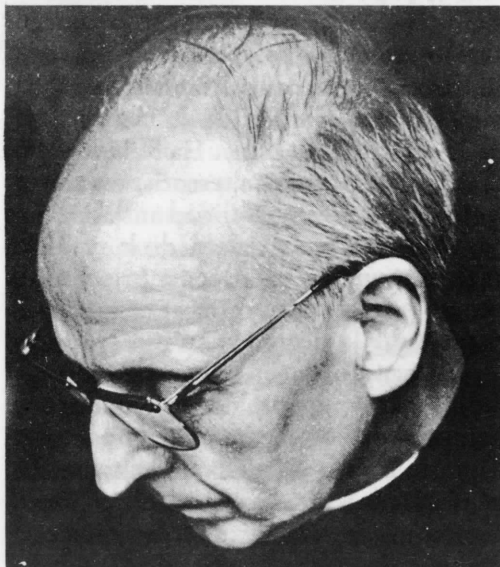


González Ruíz
(en el centro) con
otros asistentes a
un "Encuentro"
de católicos y
marxistas.



**"NOS OPONEMOS
A LOS QUE PRETENDEN
DEDUCIR DEL EVANGELIO
UNA ACTITUD
POLITICA PASIVA
ANTE LA
INJUSTICIA SOCIAL."**

P. ARRUIPE



LA "CARTA" DEL P. ARRUPE

J. Ma. GONZALEZ RUIZ

La carta del padre Arrupe a los Provinciales de las Casas jesuitas de América Latina es una especie de catecismo sobre el espinoso problema del "compromiso temporal", aunque esta expresión no sea de suyo muy feliz.

El problema se presenta así: ¿cuál ha de ser la intervención de la Iglesia como tal en la evolución social de las estructuras históricas de la humanidad?

La respuesta del padre Arrupe es clara y terminante: la Iglesia tiene que cumplir su tarea de denuncia profética frente a las realidades evolutivas de su tiempo.

I. DENUNCIA PROFETICA

"Nuestro esfuerzo y deseo ilimitado porque se instaure un orden social justo y conforme al Evangelio no nos permite tomar partido con uno u otro bando litigante como tal; nosotros somos partidarios exclusivos de la verdad, de la justicia, de la equidad, del amor; y a sus leyes nos atenemos".

1. Esta denuncia profética ha de rea-

lizarse lógicamente con amor; pero "amor" no quiere decir condescendencia con los poderosos, sino firmeza en asumir el grito de protesta de los oprimidos: "Hemos de evitar el ser hirientes, ásperos, demagogos, pero no vamos a extrañarnos si la verdad no gusta a todos".

Precisamente esta denuncia profética "desagradará a más de uno y posiblemente repercutirá en algunas de nuestras actuales relaciones con los más poderosos".

Esta postura, estrictamente evangélica, desarma la falsa validez del acostumbrado argumento de la prudencia y del respeto al "orden" establecido.

Nuestras instituciones eclesiales -empezando por el Vaticano y terminando por los modestos tinglados parroquiales- están poseídos por una especie de pánico ante la perspectiva de verse desmontadas por las inevitables consecuencias de esta actitud evangélica, cuya validez de principio nadie discute. Solamente se alega la necesidad de aguardar ese momento "X", al que la institución llegará sin que se produzca el derrumbamiento de las seguridades

adquiridas, a las que sacrílegamente se ha pretendido ligar la supervivencia del Evangelio

Sin darnos cuenta, en nuestra manera de actuar hemos adoptado el concepto, auténticamente "materialista", del "hombre económico", denunciado por el mismo humanismo marxista.

En efecto, según la economía clásica, o sea la economía capitalista, "el hombre no tiene más realidad que la de ser un eslabón del sistema; fuera del sistema es irreal; es real solamente en la medida en que queda reducido a función del sistema y definido según las exigencias del sistema como homo oeconomicus. Es real en la medida en que desarrolla las capacidades, el talento y las tendencias que el sistema exige para el propio funcionamiento, mientras las restantes capacidades y las inclinaciones que no son necesarias a la marcha del sistema son superfluas e irreales" (Karel Kosík, *Dialektika Konkrétního*, trad. italiana *Dialettica del concreto*, Milán, 1965, págs. 107 s.).

La denuncia profética del apóstol cristiano es un grito de protesta contra esta reducción del hombre al ámbito puramente económico dentro del "nefasto sistema" del "capitalismo que ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticias y de luchas fratricidas" (Pablo VI, *Populorum progressio*).

Este "materialismo grosero" de la reducción del hombre a su valoración económico-capitalista impregna frecuentemente la praxis de tantos individuos y grupos, que se jactan de su carácter cristiano e incluso de su condición estrictamente eclesiástica o religiosa. El mismo padre Arrupe reconoce que la Compañía de Jesús no está

exenta de este pecado histórico, sino que "ha sido más bien enfocada, conforme a una estrategia justificada fundamentalmente por condiciones históricas, a ejercer un impacto sobre las clases sociales dirigentes y la formación de sus líderes; y no precisamente sobre los factores de evolución, que hoy fuerzan la transformación social". Ha pesado demasiado, en la misma valoración apostólica, la condición de "pieza importante en el sistema económico" a favor de la mayor atención prestada a determinadas personas.

2. Pero esta denuncia profética no tendrá validez y aceptación si no se realiza desde una postura totalmente sincera. Y la sinceridad exige en primer lugar la pública confesión de culpas. Muchos documentos eclesiásticos no obtienen la aceptación debida precisamente por el tono triunfalista que en ellos predomina, dándose a entender que la Iglesia como tal ha seguido siempre una trayectoria histórica impecable. Si algo hay elemental en la eclesiología es este sentido de ambigüedad histórica que caracteriza la realidad de una comunidad de hombres pecadores abiertos al perdón de Dios.

Ahora bien, la pública confesión de culpas implica la proclamación de una decidida voluntad de reparación. Así lo exige de su Compañía el Prepósito general: "La Compañía tiene contraída una cierta obligación moral de reparar visiblemente, y no sólo frente a los nuestros, lo que como jesuitas hemos dejado y estamos dejando de hacer por la justicia social y la equidad social, omisión que resulta en definitiva en contra de los pobres: este espíritu de re-

paración quisiera verlo más vivo en todos, comenzando desde luego por los mismos superiores."

La carta del padre Arrupe es un modelo de documento pastoral, precisamente porque está dentro de este marco esencialísimo de la eclesiología: la relativización de la propia estructura eclesial frente a la única absolutez del ABSOLUTAMENTE-OTRO. Las instituciones eclesiales han caído muy frecuentemente en esta tentación de idolatría, divinizándose y absolutizándose. Y esto es lo que explica esas dolorosas fricciones que se producen en las relaciones autoridad-súbditos. El sentido cristiano de los fieles se ve muchas veces ofendido por unas pretensiones absolutistas de un dirigente eclesial, que no ha sabido guardar ante Dios la postura de adorador humilde. Un dirigente eclesial que no se confiesa públicamente ante sus súbditos, no les pide perdón y no está dispuesto a reparar sus fallos, está cometiendo un pecado de idolatría, ya que "el único bueno es Dios" (Mc. 10, 18)

3. Finalmente la denuncia profética tiene que estar respaldada por una cierta pureza de vida: "Naturalmente una postura y una doctrina tan decisivas exigen la confirmación y el respaldo de una vida dura y virilmente austera, como Cristo pobre. Todo otro estilo de vida y trabajo por la justicia social resultará vacío".

Esta pureza de vida no solamente es una exigencia del carácter "testimonial" de la denuncia profética, sino una condición necesaria para el ejercicio de la tarea evangelizadora.

Efectivamente, el mundo de injus-

ticias sociales, al que se refiere el padre Arrupe, es un mundo dominado por la economía capitalista de fuertes oligarquías financieras. Estas lógicamente han estado dispuestas a financiar la evangelización, para de esta manera asegurarse las bendiciones de los "profetas" posiblemente discordantes.

Creyentes y no creyentes hemos padecido en los últimos treinta o cuarenta años, el escándalo del silencio de las iglesias cristianas frente a tanto abuso cometido por dueños absolutos del poder político y económico del mundo occidental. Y nos preguntamos muy seriamente si no serán precisamente estos fuertes vínculos económicos, que unen a nuestras iglesias con los amos de las finanzas, los que en definitiva hayan determinado este triste "apagón del espíritu y menosprecio de la profecía" (1 Tes. 5, 19-20), que son las últimas y verdaderas causas de ese eclipse de Dios, que se cierne sobre los países de la vieja cristiandad.

En una palabra: la denuncia profética sólo puede hacerse desde una Iglesia auténticamente pobre, que pueda decir a los hombres de su generación: "Ni oro ni plata tengo. Te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo el Nazareno ponte a caminar" (Act. 3, 6).

La pobreza cristiana no es un desprecio de los bienes materiales. Todo lo contrario: es la única mística posible para poder utilizar el nombre de Cristo en la marcha gloriosa de la humanidad hacia su auténtica promoción y liberación.

II. LA PRAXIS EVANGELICA

El padre Arrupe tiene conciencia del

gran pecado de "logomaquia" cometido por tantas instituciones eclesiales. Nuestro pueblo ha plasmado esta triste realidad en este significativo proverbio: "No es lo mismo predicar que dar trigo."

El padre Arrupe exhorta a sus jesuitas a que empiecen "dando trigo" para poder después predicar con un *mínimum* de lógica: "Me ha parecido más acertado no hacer todavía una declaración de palabra hacia afuera, sino comenzar con la elocuencia de los hechos a actuar inmediatamente en favor de la justicia social."

1. Lo que en primer lugar deja claro el padre Prepósito general de la Compañía es que no tiene la menor intención de crear una poderosa organización político-económica que entre en competencia con las restantes organizaciones patentadas en el gran mercado de las técnicas de promoción humana: "Yerran los que equiparan el sentido del apostolado social, tal como queda auténticamente definido, con el de otras actividades técnicas, juicio en verdad nada acertado, que no tiene en cuenta la complejidad moral, única, del problema social." El padre Arrupe ha comprendido bien el mensaje del Esquema XIII, en virtud de cuya teología no se debería hablar ya de ninguna forma de confesionalismo político o económico. La Iglesia como tal no puede nunca confundirse con un partido político, con una forma determinada de civilización o de cultura, ni menos con tinglado financiero o económico.

2. No obstante, la función apostólica de la Iglesia no la impele a tomar

una actitud angelista y evasiva frente al fenómeno político o económico. Todo lo contrario: la impele a adoptar una actitud crítica muy concreta frente a estos fenómenos. El padre Arrupe cree que ante las estructuras socio-económicas vigentes hay que adoptar una decidida y concreta actitud evangélica: "Hay que caer en la cuenta de que las estructuras socio-económicas, dada su interdependencia mutua, se constituyen en un bloque o sistema total social; la insuficiencia intrínseca de algunas estructuras fundamentales vigentes para establecer un orden social justo se traduce en una insuficiencia global del sistema vigente, que está en desacuerdo con el Evangelio."

3. Concretamente el padre Arrupe, aplicando la óptica evangélica, traza los grandes rasgos de una praxis evangélica concreta en la acción inmediata sobre la sociedad:

a) En primer lugar, se condena el aristocratismo, ejercido hasta ahora por los jesuitas y por tantas instituciones religiosas: "Ni se crea que las clases poderosas hoy han de ser los agentes más principales de la transformación social; principales agentes de una estructuración radical más justa no lo han sido nunca, ni apenas lo pueden ser por sí solos más que en casos aislados." El padre General de los jesuitas, con mano firme y con aire profético, destierra de un posible mundo más justo las poderosas "élites" que hasta hace muy poco han sido tan cultivadas por las distintas formas del apostolado jesuítico.

b) Como consecuencia de esta condena del aristocratismo se reconoce pa-

ladinamente que las clases oprimidas de la sociedad son las únicas que tienen la fuerza suficiente para superar este estado de "injusticia original" en el que yace nuestra sociedad contemporánea: "El remodelar la sociedad de una manera más justa, equitativa y humana afecta más hondamente que a nadie a los pobres, a los obreros, a los campesinos, al conjunto de clases sociales que se encuentran forzosamente mantenidas al margen de la sociedad, sin posibilidad de disfrutar adecuadamente de sus bienes y servicios y sin posibilidad de participar en sus decisiones; decisiones que, precisamente en cuanto afectan más directamente los intereses de los pobres y menospreciados, no deberán ser tomadas sin su presencia activa."

c) Por lo tanto, se condena igualmente toda forma de paternalismo: "Nadie debe sustituirlos en las decisiones básicas sobre sus propios intereses, ni siquiera con la excusa de hacerlo mejor que ellos mismos. Aconsejarles, formarlos, orientarlos, especialmente a sus líderes, sí; suplantarlos y decidir por ellos sin su expreso consentimiento, no. Esta suplantación —siempre a salvo la intervención del Estado conforme al bien común— no armoniza con la justicia social cristiana.

Este paternalismo puede también manifestarse, de una manera más larvada, en un reformismo social que deja intacto el fondo de la estructura denunciada: "No se satisface a la justicia social meramente con la concesión de esporádicas limosnas ni con tranquilizantes mejoras de salarios." El padre Arrupe señala certeramente el nudo de la cuestión: apuntar a "los factores de

evolución, que hoy fuerzan la transformación social."

d) Esta transformación de estructuras, que preconiza el padre Arrupe, no es una especie de apisonadora que sacrifica la realidad personal en aras de un futuro colectivo que se supone mejor; sino que tiende a la realización total de la persona dentro del único marco posible: el contexto de una sociedad estructurada: "La verdadera reforma social tiende a dar a cada uno ocasión de realizar la perfección y plenitud de su persona humana, ejercitando su responsabilidad colectiva."

Contrariamente al pseudo-humanismo capitalista, que solamente mide al hombre su "tener", la auténtica reforma social mira al desarrollo del "ser" humano: "La nueva sociedad que anhelamos no es meramente una sociedad en la que cada individuo posea sencillamente más bienes y más servicios, sino una sociedad en la que cada individuo consiga realizarse más como persona humana y en ese sentido no sólo tenga más, sino que sea más."

III. PROFETAS DEL DIOS GRATUITO

El padre Arrupe pone sencillamente en práctica la difícil dialéctica del profetismo cristiano.

La actitud apostólica no es de ninguna manera evasiva, no se refugia en un falso sobrenaturalismo haciendo de la oración un refugio sacrílego de la propia cobardía; sino que tiene plena conciencia de su "compromiso temporal". El profeta se encuentra ante unos fenómenos concretos, que tiene que conocer perfectamente, analizar, criticar, matizar, aceptar, rechazar. Pero no porque sea profeta del Dios Altísimo,

se cree en posesión de soluciones concretas, que le hubieran sido reveladas directamente, excusándolo de unirse a la caravana de buscadores de nuevas técnicas y nuevas soluciones: "Si lo que pretendemos en nuestra labor por la justicia social es instaurar el orden justo que Dios quiere y como El lo quiere, no dejaremos de experimentar su protección indefectible; pero nos toca a nosotros seleccionar los medios estratégicos, como si el Señor lo hubiese abandonado todo en nuestras manos."

Nuestro catolicismo contemporáneo ha estado fuertemente tarado con una cripto-heresía que yo llamaría "inflación de la gracia." Un cristiano —sobre todo, un pastor— se cree frecuentemente en posesión de un carisma que lo exime de aprehender la realidad que se le presenta. Se cree dotado de una especie de ciencia infusa que le da las líneas maestras de soluciones, que otros hombres buscan afanosamente mediante una dialéctica de ensayos, rectificaciones y síntesis. Esto le da un aire de superioridad que lo hace intolerable a los ojos del resto de la humanidad.

Quizá sea ésta la última explicación de esa resistencia de tantas personas e instituciones eclesásticas a los análisis sociológicos concretos de las realidades humanas, que se pretende bautizar. ¿Por qué, si no, las enormes dificultades con que se introducen en ambientes religiosos y apostólicos la sociología religiosa, el psicoanálisis, la lectura de libros "contrarios", el contacto personal con hombres de otra fe y de otras ideologías?

Finalmente, el padre Arrupe tiene

una palabra de comprensión y de cariño para esos "profetas del Dios gratuito" que en los últimos tiempos han pregonado esos grandes oráculos divinos entre las incomprensiones e incluso condenas de sus hermanos, amigos y superiores: "Los hombres que con gran esfuerzo se iban destinando y formando, se hallaban después medio aislados, poco comprendidos, desprovistos de medios aptos, en una aventura nueva."

La mano cariñosa del "papa negro" hace el gesto cristianísimo y humanísimo de acariciar a los pioneros de este profetismo cristiano, comprendiendo su enorme profundidad religiosa y compensando así los habituales denuetos que escribas y fariseos lanzaban frecuentemente contra ellos acusándolos de "samaritanos y endemoniados". (Jn. 8, 48).

Los "profetas del Dios gratuito", estimulados por esta gran comprensión pastoral, rechazan, como Cristo, únicamente la adjetivación de "endemoniados", no la de "samaritanos". El padre Arrupe los exhorta, por el contrario, a unirse a la larga caravana de "samaritanos"—los "malditos" del neofariseísmo— para construir juntamente con ellos ese nuevo mundo, en que el hombre sea estimado a la medida de su "ser" y no a la medida egoísta de su "tener".

J. Ma. G. R.